

# TRES MESES DE VIAJE EN EL PAIS VASCO (1877) (\*)

POR

L. LOUIS-LANDE <sup>(1)</sup>

---

(Traducción de «Martín de Anguiozar»)

---

GUIPUZCOA

I

La fiesta de San Ignacio de Loyola se celebra cada año en Azpeitia, pequeña villa de Guipúzcoa y lugar de nacimiento del fundador de la orden de los jesuitas. No hay fiesta más buscada ni más considerable en todo el país. Desde la víspera las diligencias y el tren derraman en Zumarraga muchedumbre de peregrinos y curiosos; otros coches les esperan, requeridos para la circunstancia, y se encargan de hacerles recorrer en menos de dos horas los quince kilómetros que les separan aún de Azpeitia. Este valle del Urola es con razón célebre por su frescura y fertilidad. La calzada, a lo largo del curso de agua que la acompaña con todos sus caprichos, se arrastra primero por una garganta estrecha y larga entre dos filas de montañas bien cultivadas, que parecen que siempre se van a reunir. Nogales,

---

(\*) Sabido es que estos artículos que traduce ahora para la RIEV. «Martín de Anguiozar», tomándolos de la *Revue des deux Mondes*, se reunieron en volumen aparte, con el título de *Basques et Navarrais. Souvenirs d'un Voyage dans le Nord de l'Espagne par L. Louis-Lande, Paris 1878* (J. de U.).

(1) Publicado en *Revue des Deux Mondes*, París; edición del 15 de Agosto de 1877. (Nota del Traductor.)

castaños, brotados en lo bajo de las pendientes, confunden sus ramas por encima de la cabeza del viajero y al paso le azotan en los ojos. Al fin el llano se descubre cubierto de trigos maduros, amarillos como el oro, y el maíz de enormes tallos, de grandes penachos verdes. Una cadena a pico, gris y desnuda, cuya aridez contrasta con la frescura del paisaje, cierra el horizonte. La carretera corre en línea recta, cruza la linda pequeña villa de Azcoitia, estremecida también con los preparativos de la fiesta, y súbitamente, evitando el obstáculo, oblicua bruscamente a la derecha con el río y el valle. ¡«Loyola, Loyola»!, dice el conductor, y en efecto he aquí el santuario, sus altos muros, su cúpula audaz y su masa imponente. El coche pasa rápidamente y algunos minutos después se entra en Azpeitia.

Apenas bajé, me apresuré a retroceder hacia Loyola, pero no tuve tiempo de llegar. El clero de Azpeitia volvía en procesión del santuario al cual había ido a hacer oraciones preparatorias. Por delante marchaba la charanga de un regimiento de línea que la misma mañana había llegado de Tolosa; después iban los músicos del pueblo tocando el silbo y el tamboril; detrás, en dos filas, seguía el clero. El cortejo había tomado el caminito que a través de los campos unía antaño el pueblo a Loyola, antes de la creación de la carretera. Llevados por la costumbre, como si aún estuvieran a la cabeza del regimiento, los soldados aceleraban el paso marcándolo, y las notas de la charanga sonaban claras y breves mientras los pies golpeaban rápida y cadenciosamente la tierra; ya no se andaba, se corría. En verdad, los buenos curas no se inquietaban por ello: Casi todos altos y fuertes, aún jóvenes, reteniendo con una mano la sotana y con la otra el breviario cerrado, salvaban bravamente piedras y barbechos y parecían subir, al asalto. Y, de hecho, ¿quién sabe si no se hubiera hallado entre ellos más de uno que aún hace poco combatía como soldado por el triunfo de la buena causa haciendo fuego contra las tropas del gobierno?

La orquesta de los Vascos comprende tan solo dos instrumentos, la flauta y el tamboril, siempre iguales desde su origen. La flauta, *tibia vasca* (2), dijeron ya los Romanos, está únicamente horadada por tres agujeros en su extremidad y se aproxima mucho por la forma al pífano de que se servían antaño nuestros regimientos; en verdad, su sonido es menos fuerte, aunque tan penetrante como el de éste; el tamboril es pequeño, de alto así como nuestros tam-

---

(2) Literal y en bastardilla. (N. del T.)

bores de niño, y no rinde por sí mismo sino un sonido bastante llano. El mismo artista toca a mismo tiempo los, dos instrumentos; con la mano izquierda lleva el silbo a sus labios, y sus dedos cierran o descubren alternativamente los agujeros; con la derecha, con un palillo, sin interrupción y con movimiento regular golpea el tamboril suspendido al cuello. Eso forma singular armonía, un poco silvestre, que al principio sorprende a los oídos, pero que su misma extrañeza termina por hacerlo agradable. Por lo que les atañe, los Vascos no ven nada por encima de su música nacional y la prefieren a los acordes de nuestras cornetas y de nuestros violines. Cada aldea posee un *tamborilero* (2) titular, pagado por el municipio; ese puesto se transmite de padre a hijo y, si el titular no lo tiene, debe enseñar su arte y los aires tradicionales a algún mozo del país, que pueda sucederle algún día; en caso de falta de heredero, la plaza se saca a concurso. En Azpeitia, en ocasión de fiestas, había dos tocando juntos; un tercero, provisto de tambor con dos palillos, les acompañaba con un redoble continuo para ofrecer más cuerpo a su música. El talento del tamborilero consiste mucho menos en idear melodías nuevas que en conocer a fondo el repertorio de tiempos pasados; así llegaron hasta nuestros días gran número de aires antiguos destinados, sea a celebrar algún acontecimiento glorioso, sea a realzar el brillo de una ceremonia; tales son, por no citar sino los más conocidos, la *Marcha cantábrica* (3) (4) de fabulosa antigüedad, la *Espata-dantza* (2) o danza de espadas, compuesta en honor del emperador Carlos Quinto (4), aquel con que los habitantes de Fuenterrabía (5) festejan aún su valiosa defensa de 1638 contra el príncipe de Condé, la *Sonata de los Alcaldes* (3) y la *Marcha de Loyola* (3).

El 30 de Julio me desperté a los sonos del silbo y del tamboril que pasaban bajó mis ventanas. Eran los tamborileros que, según costumbre, venían a obsequiarnos con una alborada anunciando a la población y a los visitantes la gran solemnidad que se preparaba. Me vestí de prisa y bajé a visitar la villa; no es grande y no había en ella nada que no hubiese visto cien veces: amplias casas de piedra con tejados inmensos, de gigantescos escudos, largas calles paralelas y empedradas; pero reinaba allí entonces un ambiente de fiesta que la hacía parecer más rica y más bella; a los dos lados de la cal-

---

(3) Letra bastardilla. (N. del T.)

(4) ¿....? (N. del T.)

(5) Se refiere al aire musical denominado popularmente *Titi-biliti*. (N. del T.)

zada, unos en tierra, otros en pequeños caballetes, los comerciantes forasteros instalaban su pacotilla; en medio se apretaba la muchedumbre, en oleadas como el mar, con gran ruido de voces, risas, llamamientos en lengua vasca: los jóvenes, tocados de boinas rojas que destacaban sobre el fondo sombrío de los trajes, como las amapolas en un prado, las muchachas en falda corta y cabellos trenzados. La belleza de las mujeres de este valle ha pasado en proverbio por toda España y, en efecto, hay pocas que, por la regularidad de sus rasgos, perfección de formas, por la gracia de su andar y actitudes, no pudieran servir como modelo. De pronto se inicia un movimiento en la muchedumbre: es el Ayuntamiento que sale de la Casa Consistorial y se dirige en corporación a la iglesia parroquial de San Sebastián para oír la misa mayor; las filas se separan con viveza y dejan paso al cortejo. Una música militar conduce la marcha y, por detrás, como si quisieran ahogar la voz del metal, los tamborileros soplan desesperadamente en su pequeña flauta y golpean rítmicamente con la mano el tamboril. En el fondo, les supongo un poco celosos de esos extraños (6) que hacen tanto ruido y que han venido a arrebatarnos en la ceremonia de la fiesta una parte de su importancia.

El frontón de pelota se encuentra en Azpeitia cerca de la iglesia. Sabido es que la *pelota* (2) forma con la danza la diversión preferida por los Vascos (7). Y así, no hay barriada, por pobre que sea, que no tenga su *juego de pelota* (2), verdadero monumento público a que los domingos y días festivos, bajo la alta vigilancia de los ancianos que juzgan los tantos, los jóvenes acuden a ejercitar su fuerza y habilidad. Se compone de un muro (8) recto de piedra de talla, muy alto y perfectamente unido; la tierra está alrededor cuidadosamente aplanada. La pelota se lanza con la mano desnuda o con guante de cuero o una pala de madera (9). Las mismas mujeres tienen prodigiosa habilidad en ese género de ejercicio. A menudo en las *romerías* (2) se entabla una lucha en regla, estimulada por apuestas, entre jóvenes de dos pueblos vecinos, se forman los bandos y se trata de ver quién sabrá durante más tiempo mantener la pelota en los aires sin permitirle tocar tierra (4). Cada tanto dura varios minutos. En Azpeitia, donde la fiesta consta de tres días, el tercero

---

(6) El original dice *étrangers*. extranjeros. (N. del T.)

(7) El original escribe con mayúscula. (N. del T.)

(8) ¿No habría pared izquierda? (N. del T.)

(9) ¿Aún no se había difundido la cesta de mimbre? (N. del T.)

se consagra especialmente a grandes partidos de pelota en que toman parte indígenas y extranjeros, pero este año, con motivo de los acontecimientos recientes cuyo recuerdo entristecía aun a los espíritus, la fiesta ha sido acortada en un día, siendo suprimida la última parte del programa. Sin embargo, en seguida después de misa mayor, toda la juventud se apresuraba a correr al frontón y allí, quitándose la blusa bordada de los domingos, se entregaba de todo corazón a su ejercicio predilecto. Durante ese tiempo, alrededor de la plaza mayor, se terminaban de instalar las gradas de madera en que la multitud se sentaría por la tarde para contemplar el *zortzico* (2) oficial y la corrida de *novillos* (2).

Los aires vascos pueden ser indistintamente cantados o bailados, y de todas esas danzas la principal es el *aurrescu* (2), llamada también *zortziko*; es la que se ejecuta casi exclusivamente en las romerías; es además bastante complicada. En uno de los extremos de la plaza se ha establecido un banco de madera destinado al alcalde y a las personas principales de la aldea. Primero, los danzantes, teniéndose por la mano, acuden a alinearse ante el banco del alcalde, luego el primero del grupo, el *aurrescu* (2), se suelta de sus compañeros, echa su boina a tierra y saluda a las autoridades con una serie de cabriolas. El alcalde le devuelve el saludo, sombrero en mano, mientras la asistencia estalla en aplausos, y el joven va de nuevo a tomar la cabeza de la cadena. Entonces empieza un paseo a través de la plaza, en que no danza tampoco más que el corifeo, interrumpiéndose a veces para descansar; cuando encuentra en el círculo de los asistentes una persona a quien quiere homenajear, se detiene y bosqueja un paso en su honor; el tamborilero (10), que está al otro extremo, le acompaña con el txistu y el tamboril en un aire agudo, compuesto de corto numero de compases y que se repite indefinidamente. De pronto, a un redoble del atabal, dos de los jóvenes, el segundo y el anteúltimo, salen de la fila para ir a buscar en la asistencia a la joven que les ha sido designada por su jefe. Toda mujer que se encuentre en la plaza durante la danza denota aceptar de antemano la elección que se puede hacer de ella y, con arreglo al uso inviolado del país, debe seguir a los dos enviados. Estos, boina en mano, dan con ella dos vueltas a la plaza, como para exhibirla mejor a la admiración general mientras el corifeo continúa sus trenzados, después de lo cual se la presentan. El *aurresku* se separa

---

(10) Literal. N. del T.)

en seguida de sus compañeros, lanza su boina a los pies de la joven como lo hizo ante el alcalde, y danza solo ante ella, sin que ella cambie de actitud o se permita sonreír. El bailarín permanece grave; se impide todo gesto con los brazos y guarda inmóvil el busto; solamente los pies se agitan y saltan y se cruzan con rapidez sin ejemplo; en esto, el zortziko se parecería a la jiga inglesa, pero por lo serio de las figuras, la sencillez del compás, la especie de solemnidad que regula el paso y la actitud, recuerda más al antiguo minué francés.

Terminado el paso, la joven va a tomar lugar en la cadena a la Izquierda de su danzarín. Entonces cada cual hace un cambio de frente y es la vez del último o *atzescu* para ponerse a la cabeza; va a buscarle una joven que él acoge lo mejor posible y que después se coloca a su lado. Como se ve, los dos jefes de fila, el *aurresku* y el *atzesku*, la primera y la última mano, deben conducir la danza; cuando se hallan provistos de sus parejas, deben acoger alternativamente a las jóvenes destinadas a sus compañeros. En fin, se hallan formadas todas las parejas, el *aurresku* y el *atzesku* van a saludar a sus damas respectivas, el tamborilero ataca un aire más vivo y en seguida los asistentes invaden el medio de la plaza, que hasta entonces estaba reservado a los ejecutantes del zortziko. Los mismos niños quedan admitidos a esta nueva figura, que no es sino la *jota* (2) aragonesa (4). Los bailarines, dos a dos, se colocan frente a frente el uno del otro y, extendidos los brazos, haciendo chasquear los dedos a guisa de castañuelas, se entregan a una especie de balanceo cadencioso. Entre paréntesis, las castañuelas, que consideramos en Francia como el accesorio obligado de toda danza española, son más raras de lo que se dice y, por mi parte, no las he visto emplear más que en Andalucía entre *gitanos* (2), bailarines de profesión. Poco a poco las notas se apresuran, los movimientos se precipitan, el bailarín, cada vez más ardoroso, se acerca a su pareja en impulso apasionado, los cuerpos se acercan, casi, se tocan los labios cuando, repentinamente, por una hábil pirueta, la mujer se liberta y la persecución se reanuda. La última figura es el *ariñ-ariñ* (¡más vivo!, ¡más vivo!), cuyo rápido compás se lleva a todas las parejas confundidas en inmenso galop.

El zortziko debe durar veinte minutos por término medio y no se bailan menos de catorce o quince en toda romería. Los mozos de cada pueblo, que acudieron a la fiesta, tienen derecho sucesivamente a una vuelta de danza y se inscriben en una lista que tiene el alcalde para evitar toda discusión. Además, ninguna molestia,

ningún grito; un hombre de la aldea, ejerciendo para el caso funciones de alguacil (10), hace la policía con una pequeña vara con que asesta algunos golpes sobre el lomo a los perros errantes o en las piernas a los mozalbetes demasiado curiosos. Ante el banco de las autoridades está hincada en tierra una lanza o bastón ferrado; a veces la lanza consiste sencillamente en un bastón con mango de plata sobredorada, que lleva el alcalde; pero entonces, aunque el banco esté vacío, basta que la lanza esté allí para no ser turbado el orden. Eso proviene del respeto a la autoridad, general a todos los Vascos (7) y exigido severamente por la ley antigua: «El que levante la mano delante de la vara, la pierde» (10), decía el fuero de Guipúzcoa. Hoy, la costumbre ha encarnado tan bien en los hábitos, que todo el mundo se somete a ella, más por sentimiento de obediencia instintiva que por temor a la sanción de las leyes. Durante la fiesta se venden refrescos en pequeñas mesas de madera a la sombra de grandes árboles; se componen en general de pasteles secos, de *chacolí* (2), sidra, *sangría* (2), brevahe inofensivo hecho con vino tinto de la Rioja, azúcar y agua. Cuando se presenta una persona a la que se desea homenajear, se la ofrece un lugar en el banco de las autoridades, y así he asistido yo mismo a la romería de San Cristóbal, en el distrito de Forua, alrededores de Guernica. Al primer son de campana anunciando el *Angelus* (2) de la tarde, por importante que fuere la animación general, el baile se para, los magistrados se descubren y todos con ellos recitan la oración; después, el tamborilero precede a los magistrados, que dan la vuelta a la plaza al son de la marcha de los *infanzones* (2) y, durante ese tiempo, los jóvenes se retiran lanzando al aire gritos agudos y prolongados que repite el eco de los montes y que les sirven para marcar su regocijo. Nada más que en las fiestas más importantes se reanuda la danza después de la comida del atardecer.

El origen del zortziko asciende evidentemente a época muy reculada, aunque haya perdido mucho de su carácter como consecuencia de las modificaciones y alteraciones sucesivas; así, la *jota* aragonesa (4), introducida al final para anunciar la danza, no pertenece en nada al tono general del aire primitivo, un poco lento, grave y suave; también esos pasos de fantasía, algunos tomados a los bailes modernos o extranjeros y que quisieran provenir del antiguo jeté-battu (10), tan solemne, tan correcto. No obstante, la honestidad es tan grande en el pueblo vasco, tal es la decencia y la reserva que presiden a esas reuniones, que los mismos curas

no se privan de asistir a ellas, como tampoco al frontón, y se cita cierto cura de Bilbao que obligaba a todos sus feligreses a tomar parte en la danza, diciendo que en público no se peca.

Y el primer día de la fiesta de cada año en Azpeitia, se baila un zortziko en la plaza pública; pero esa vez los mozos, a modo de diversión, ceden su vez a las muchachas. Hacia las tres, al salir de vísperas, las danzarinas se presentan tocadas de boina roja y unidas por las manos. La plaza, rodeada de gradas, está limitada al sur por el Urola, al norte por la Casa Consistorial; el municipio no tiene grada reservada, pero preside desde lo alto del balcón. Por lo demás, todo se produce como en el zortziko ordinario: el saludo a las autoridades, el paseo acompañado de saltos y trenzados: cuatro muchachas salen entonces de la plaza, precedidas del alguacil; después, boina en mano, traen triunfalmente al primer elegido, que se deja conducir a buenas y saludar por la corifea con un paso de danza; suele ser en general un joven conocido en el lugar; cada danzarín es recibido con el mismo aparato en medio de gritos de alegría y de aplausos de la muchedumbre que se divierte con la turbación y confusión de los actuantes. Sea como fuere, me gusta más el zortziko en su pureza, bailado como debe ser, por hombres, y hasta diré que esos ejercicios coreográficos ejecutados por una mujer, cuya falda golpea los tobillos y estorba los movimientos, no tienen en suma nada más que bastante poca gracia. Tras la jota y el galop final, en los cuales intervienen todos los espectadores, las danzarinas son recibidas con sus danzantes por el Ayuntamiento en el gran salón de la Casa Consistorial para asistir desde lo alto del balcón a la corrida de *novillos* (2) que sigue inmediatamente al zortziko.

Se dice corrida de novillos aquella en que se lidian toros jóvenes que deben ser banderilleados y capeados durante un tiempo más o menos largo, pero sin herirlos de muerte. La fiesta de San Ignacio permanece pues pura de sangre vertida. Es cierto que no sé decir si es el sentimiento religioso el único que impide a nuestros Guipuzcoanos (7) ofrecer un verdadero combate de toros con el acompañamiento obligado de caballos destripados y el golpe de gracia que el *espada* (2) da a la bestia entre las dos espaldas; en efecto, los Vascos, —y me causa algún asombro—, son tal vez tan curiosos como los demás Españoles (7) acerca de esta diversión cruel; pero un toro cuesta caro, y su muerte es un lujo de capital. Es forzoso pues a los pequeños pueblos contentarse con placeres más sencillos y más económicos. Se suelta el primer novillo en la plaza que el

alguacil ha hecho desalojar de antemano; la *cuadrilla* (2) de los *toreros* (2) le espera; se compone modestamente de cinco hombres a pie: dos *chulos* (2), dos *banderillas* (2); mas el jefe que está encargado de dirigir sus movimientos y que tiene en la mano una gran tela roja como un verdadero *matador* (2), pero sin espada. Los combatientes son verdaderamente poco hábiles, sus trajes andaluces muy ajados, y cuando se ha podido asistir a alguna gran corrida en Sevilla o Madrid, el espectáculo parece mezquino. El público no significa menos el interés que toma con exclamaciones, voces de aliento o injuria lanzadas a los hombres o al toro, como si se tratara de una partida mucho más seria. Cuando éste ha sido suficientemente capeado y su cuello acribillado con el número deseado de banderillas, a una señal del alcalde que preside la fiesta, es retirado de prisa fuera de la plaza por el empresario de la corrida, siempre inquieto de que sus animales no le sean devueltos en demasiado mal estado. Entonces le reemplaza otro toro, y así sucesivamente con la monotonía, la repetición de peripecias invariables que sería quizás para mí el argumento más valioso contra las corridas de toros. La fiesta se termina con la entrada de una vaca de cuernos provistos de bolas para hacer inofensivos sus golpes; todo el mundo tiene derecho a bajar al ruedo y a torearla; más de un imprudente, por haber querido acercarse demasiado, es rudamente acometido, arrojado al suelo y pisoteado; pero esos pequeños accidentes no se tienen en cuenta. El aprendiz de torero se queda en paz levantándose y frotándose las costillas, perseguido por las carcajadas de sus compañeros y, cuando la última señal del presidente pone fin a la corrida, no hay nadie que no juzgue que la diversión terminó demasiado pronto y que con gran refuerzo de puños y palos no eche hasta el *toril* (2) a la desdichada vaca loca.

Por la noche, las danzas populares se reanudan en la plaza mayor, donde la jota aragonesa alterna con el *fandango* (2). Durante ese tiempo el Ayuntamiento ofrece un baile en la Casa Consistorial a toda la alta sociedad, y los bailarines de la tarde están invitados de derecho; la música militar ejecuta de instante en instante valsés y rigodones sobre los motivos más en boga; por las ventanas abiertas de par en par, el ruido del metal se esparce hacia fuera, pero la muchedumbre no parece oírlo y se oprime más que nunca alrededor de los músicos indígenas. En el centro de la plaza está encendida una gran hoguera; reemplaza a los faroles ausentes y alumbrá los pasos de los danzarines, cuyas sombras confusas se alargan hasta

el infinito sobre el suelo y las paredes de las casas; cuando amenaza apagarse, el alguacil la reanima echando leña seca. No menos infatigables que los bailarines, los tamborileros se multiplican en sus pequeños instrumentos y, apenas, se han desvanecido las últimas notas de una tocata cuando se inicia ya otra. Por fin hacia las once se cesa de alimentar la fogata, el brillo de la llama disminuye y se comprime poco a poco, se hace la noche, las parejas se separan con un adiós y lentamente se desparraman por las calles vecinas que guardan aún durante algún tiempo el ruido sordo de los pasos y el murmullo de las voces cuchicheantes.

Al día siguiente, 1.º de Agosto, debía celebrarse una misa solemne en el mismo santuario de San Ignacio de Loyola en presencia de todo el clero y autoridades de la villa. Me apresuré a tomar la delantera. Desde la mañana innumerables fieles llenaban las cercanías del edificio cubriendo la campiña con animación desacostumbrada; todas las provincias del norte y del centro de España estaban representadas con sus trajes variados y pintorescos. De pronto una salva de fusilería tirada con pólvora por un pelotón de soldados, anunció la llegada del cortejo; al mismo tiempo las campanas repiqueteaban a gran vuelo. Este santuario, llamado «la maravilla de Guipúzcoa» (14), fué alzado en 1683 por orden de la reina María Ana de Austria, viuda de Felipe IV, sobre la propiedad de la familia de Loyola y alrededor de la casa-torre en que nació el santo; el famoso arquitecto Fontana, llamado de Roma, proveyó los planos. Consiste en un paralelogramo rectangular al cual—por una de esas extrañezas en que se complace el gusto español y de las cuales el monasterio del Escorial es el ejemplo más conocido—dos apéndices laterales ofrecen la figura de un águila presta a alzar su vuelo. Es una delicada alusión al título de *imperiat* (2) que recibió de su fundadora. El cuerpo está dibujado por la iglesia, la cabeza por la portada, las alas por la, *santa casa* (2) y por el colegio, la cola por varios edificios secundarios. Por lo demás, como ocurre siempre en casos semejantes, la alusión no es transparente sino sobre el papel, y el visitante, hasta el prevenido, siente dificultad en reconocerla. Los gastos, muy considerables, fueron cubiertos en gran parte por la generosidad de los fieles; solo los Vascos residentes en Perú enviaron para el principio de la obra más de 60.000 pesos. En 1767, cuando la expulsión general de los jesuitas bajo Carlos III, el ala izquierda permaneció sin terminar; hasta

---

(11) Entre comillas. (N. del T.)

las piedras estaban talladas y dispuestas para ser colocadas en su sitio; más tarde se las destinó a edificar la portada de la iglesia de Azpeitia, y el edificio ha permanecido sin terminarse. Un momento, bajo Fernando VII, los jesuitas se instalaron allí con un colegio para jóvenes, pero la guerra civil les expulsó de nuevo; hoy pertenece a la provincia de Guipúzcoa, que se había propuesto establecer en él un museo y archivos; no se ha tomado ninguna decisión hasta hoy y, en espera de ella, para prevenir efectos desastrosos de un abandono demasiado largo, cada año se inscribe en el presupuesto provincial cierta suma que sirve para las reparaciones más indispensables.

Verdad es que a pesar del renombre pomposo con que le ha gratificado la admiración de los Guipuzcoanos, a pesar del tiempo, del trabajo y del dinero que ha costado, a pesar de su situación magnífica en el centro de uno de los valles más bellos del mundo, el monumento no responde a lo que podría esperarse. Su aspecto es imponente, pero frío; frontón, columnas y cúpula, todo eso carece de originalidad; es una muestra como tantas otras, una de las mejor resueltas, si se quiere, de ese pesado estilo greco-romano que caracteriza el final del siglo XVII y que en verdad no brilla por la inspiración. La parte más curiosa a todas luces es aún la antigua casa-torre en que nació San Ignacio; según voluntad de su familia, ha permanecido intacta, aunque enclavada en el cuerpo de la edificación; quizás fuera mejor que se hubiera evitado apoyar en ella, como se ha hecho, las nuevas construcciones. Desmantelada bajo el reino de Enrique IV en castigo de la parte que sus dueños habían tomado en las guerras de los bandos, ha sido reconstruída posteriormente desde el primer piso en ladrillos rojos cuya disposición figura rombos regulares y denota por su elegancia una época ya más tranquila. La parte baja es de piedras toscas; por único adorno, se ven esculpidas sobre la puerta las armas de la familia de Loyola, dos leones (4) afrontados y entre los dos un recipiente en forma de caldera suspendido al extremo de una cadena que cae del borde del escudo; todo además de labor muy grotesca (12). La torre actual,

---

(12) D. Juan Carlos de Guerra describe ese escudo: «Ofrece en sus rudos trazos la figura de dos lobos, perfectamente caracterizados como tales por sus grandes y agudas orejas, muy tiesas, y sus gruesas colas caídas hacia abajo. En medio, el caldero, al que muestran los animales carniceros cierta inclinación rampante, pero sin llegar a tocar con las manos sus asas, dispuestas más bien a la altura del hocico. Presenta proporciones monumentales el *kelartsu* o llar de siete eslabones, símbolo del hogar familiar, en cuyo derredor se mantuvieron los deudos y aliados que reconocían al JAUN por Pariente Mayor, *aide-nagusia*.» (N. del T.)

alta de dos pisos, está enteramente reservada al culto. En el segundo se encuentra la habitación del santo, convertida en capilla, como también la de su madre, situada debajo; esta habitación es más amplia, pero tan baja de techo que una persona de talla medra puede sin esfuerzo alcanzar las vigas con la mano; una reja dorada la divide en dos; a un lado el altar, sobrepuesto por la estatua y reliquias de Ignacio; al otro el espacio reservado a los fieles. El santo está representado vestido con la dalmática bordada de los diáconos, la cabeza ligeramente inclinada y los ojos extraviados en éxtasis. Era muy difícil franquear aquel día el umbral, tan grande era la muchedumbre de mujeres y hombres arrodillados sobre las desnudas losas; las gentes piadosas vinieron a aportar al santo patrón sus ofrendas con sus plegarias; monedas, reales de plata, cuartos de cobre, arrojados a través la reja, —porque en España los sacerdotes no hacen la colecta—, y cayendo como granizo al pie del altar mezclaban su tintineo metálico y continuo al bordoneo de las oraciones recitadas en voz baja. Evidentemente, si bastara un lujo mundano y llamativo para cautivar la atención, la capilla de Loyola no dejaría nada que desear; las paredes y el techo desaparecen literalmente bajo los dorados, pinturas, espejos y esmaltes; columnas torneadas, nubes rizosas, querubines mofletudos, ropajes de estuco cayendo en pliegues pesados, escarolas y palmas, Jamas y volutas, urnas y pebeteros, todo el equipo conocido de la ornamentación rococo se expone y despliega sin desacuerdo; pero tanta riqueza asombra más que agrada, y por mi parte no comprendo lo que pueda ganar el sentimiento religioso con esas extravagancias decorativas.

La misma iglesia me ha producido análoga impresión. Forma una rotunda de 36 metros de circunferencia en el centro de la cual se alzan ocho grandes columnas que sostienen la cúpula; esta cúpula, toda de piedra, está alumbrada por ocho ventanas, y el cupulino no alcanza menos de 56 metros de altura. Cuando penetré en ella, acababa de comenzar la misa mayor; no se podía elegir mejor momento: el altar resplandecía de luces, y la voz grave del órgano, unida a los acordes del canto llano, subía y rodaba bajo la bóveda con oleadas de incienso. ¿Por qué causa me pareció el edificio desprovisto de carácter y de verdadera grandeza? No es que haya sido escatimado el gasto; también ahí abundan los mármoles preciosos, el oro, las vidrieras, los mosaicos; pero en todas partes ha permanecido el resultado por debajo del esfuerzo, y bajo la profusión de adornos se siente demasiado la esterilidad de la idea creadora. Habría

muchas cosas que decir a propósito de la influencia ejercida por los jesuitas desde hace tres siglos, influencia muy real, si no muy feliz (13), en todos los ramos y en todas las producciones del espíritu humano. De la literatura, no quiero decir nada; pero en las artes, en escultura, en arquitectura, aportaron el gusto más falso y más deplorable; sobre todo en España, donde el genio nacional se inclinó instintivamente hacia la vanidad y la exageración, han agravado aún la tendencia. ¿Quiénes, pues, más que ellos contribuyeron a difundir ese estilo bastardo, imitado en el conjunto de lo antiguo y en el detalle del gótico resplandeciente, hecho todo de afectación, y que mereció ser denominado estilo jesuíta? ¡Si aún se hubieran limitado a alzar en ese estilo monumentos nuevos, pero pusieron las manos en obras de arte del pasado! ¡Cuántas nobles basílicas profanadas así! (14). ¡Cuántos pórticos neogrecos y campanarios cuadrados que pesan sobre muros del siglo XIII! ¡Cuántos retablos, odiosamente dorados, disfrazando las viejas vidrieras ojivales! Y es tal el vacío de este arte, es tal la incurable impotencia de que se halla herido, que aquí mismo, en este santuario que quisieron hacer tan amplio y tan bello en honor de su ilustre jefe y fundador, no supieron sino amontonar el mármol sobre la piedra y asombrar a los ojos sin hablar al corazón.

Pero, al mismo tiempo, no es de la importancia de un momento o de otras cosas de ese género de lo que depende la verdadera gloria de Loyola o la grandeza de la orden que fundó. Más que la gigantesca portada de la iglesia y el decorado de la capilla, lo que se admira en estos lugares, lo que se viene aquí a buscar, es esa gran figura del santo cuya sombra planea todavía sobre todo el mundo cristiano (25).....

## II

Dejando al este el valle del irola, una ramificación del camino sube durante más de una hora antes de alcanzar la cumbre de Azca-

---

(13) Como siempre en casos semejantes, tan sólo a título documental se traducen literalmente las apreciaciones u opiniones del autor de que no se hace solidaria la disección de la R. I. de E. V. (N. del T.)

(14) Es una apreciación artística. (N. del T.)

(15) Durante una página extracta la biografía de San Ignacio. (N. del T.)

rate, desde donde se domina otro valle casi tan bello y tan fértil, el del Deva. Rodeado por tres lados de una muralla de altos montes forma en este lugar un anfiteatro gigantesco al fondo del cual las ramificaciones secundarias son como grandes oleadas de un mar petrificado; todas las pendientes están cubiertas de espeso verdor que mancha aquí y allá el amarillo de oro de las cosechas. La primera villa al descenso es Elgoibar; un poco sombría por su aspecto antiguo, por la especie de letargo en que parecen dormir sus habitantes, me recuerda los burgos medievales de Vizcaya. ¡Cuánto prefiero su vecina Eibar, no menos antigua, pero más viviente! Eibar, en efecto, ocupa un rango de los más honorables entre las raras ciudades industriales de España; fabrica armas a las que las aguas de un pequeño río, afluente del Deva, dan, según se dice, un temple excelente. Por mi parte, desacostumbrado a tal espectáculo, no osaba creer lo que veía. Las casas antiguas, de las que algunas conservan aún sus ventanas moriscas, están dispuestas como talleres en que se amontonan los obreros con tanta actividad y tan numerosos como en las ciudades obreras de Londres o de Mulhouse; a fin de conseguir más espacio, se les sobrecarga de tejadillos hasta formar debajo de los balcones y de los aleros mil superfetaciones extrañas; todas se inclinan y se oprimen celosamente a los dos lados del río como para reivindicar su parte de esta agua preciosa. Desde la mañana hasta la noche sale del corazón de la villa un ruido confuso de colmena mezclado al taponamiento continuo de los pequeños martillos contra el yunque y al rechinamiento de las limas sobre el acero, y se ve, al pasar por las calles a través las puertas entreabiertas, brillar en manojos contra las paredes cañones de fusiles y bayonetas.

Aparte las armas, Eibar fabrica alhajas que, por la delicadeza y acabado del trabajo, pueden sostener la comparación con los mejores artículos de París. Esas alhajas, completamente privativas, son de acero incrustado en oro, y la venta es ya importante tanto en el extranjero como en España. Se fabrican también del mismo estilo mesas de altar, lampadarios, cofres y vasos de toda dimensión, y hasta estatuas. De la casa Zuloaga, la más importante de Eibar, salió esa magnífica tumba del mariscal Prim que se admira hoy en la basílica de Atocha de Madrid. Situado en pleno despoblado, aunque a las puertas de la ciudad, y compuesto de una sola nave, este templo sirve de sepultura a los generales españoles más ilustres de nuestro siglo. Allí duermen su último sueño a la sombra de los gloriosos

pliegues de cien estandartes conquistados al enemigo, Castaños, que venció en Bailén, Palafox, que defendió a Zaragoza, Concha, que pereció en Abarzuza. A menudo se ha reprochado a los Españoles su amor hacia la frase y la sensiblería; no es aquí el caso. Sencillas placas de mármol, apenas adornadas, recuerdan tan sólo los nombres con los títulos de los héroes; nada más modesto, pero tampoco nada tan impresionante; las paredes, completamente desnudas, están blanqueadas con cal. Es cierto que Concha tendrá pronto a la entrada de la iglesia su estatua ecuestre cuya ejecución acaba de asegurarse por suscripción pública. Mientras tanto, la tumba del mariscal Prim es la única que atestigua una preocupación estética. Está colocada en una pequeña capilla a la derecha, cerca de la puerta. El feliz soldado, llevado déguerras a *pronunciamientos* (2) hasta las gradas del trono de San Fernando, está representado yacente en gran uniforme sobre el sepulcro donde sus restos descansan; las manos cruzadas sobre el pecho, desnuda la cabeza, y esa cara atormentada, tan bien expresada por nuestro Henri Regnault, conserva aún hasta en la muerte una energía singular. Lo recubre un dosel muy elegante, que lleva en el interior estas palabras: Crimea, Marruecos, Méjico, Cádiz, y al exterior, en medallones, las cabezas de los Gracos, de Régulo y de Mario. A los dos lados de la tumba, espléndidos bajo relieves reproducen los acontecimientos más importantes de la vida del difunto: el combate de los Castillejos y la proclamación de la república. Representar acostado así todo a lo largo, posición indicada, sin un gesto, a un general de nuestros días con su frac ajustado, sus botas de ordenanza y su pantalón de equitación, conseguir un efecto verdaderamente imponente a pesar de estas condiciones inusitadas, significaba una empresa audaz y cuyo éxito hace gran honor al artista que trazó el plano del monumento. La estatua, como el dosel y el mismo cuerpo del sepulcro, está formado de dos únicos metales, oro y acero, y el brillo del uno aliándose a los reflejos azulados del otro, reemplaza bastante bien al color caluroso del bronce y al pulido de los mármoles más preciosos.

Durante la guerra el jefe de la casa transportó sus talleres al otro lado de la frontera de Francia, a San Juan de Luz; ahora ha regresado a Eibar y ocupa un número relativamente considerable de obreros. Les encontré a cada uno sentado ante una mesa de taller guarnecida de un pequeño torno, un paquete de hilo de oro, casi imperceptible, y algunos útiles menudos al alcance de la mano. Primeramente, es trabajada con el punzón la placa de acero que

se desea adornar; un dibujo, más o menos ampliado, sirve de modelo al obrero y le indica las figuras, frecuentemente muy delicadas, que debe reproducir; después de lo cual, tomando con unas pinzas uno de los hilos de oro, lo afirma con golpe seco de martillo en las ranuras indicadas por el punzón; aunque esta operación se hace en frío, el oro queda tan sólidamente aplicado que antes de soltarse se gastaría con el mismo acero. Los fondos se obtienen por medio de grabados, y hay que ver con qué presteza y precisión traza la mano ejercitada esas líneas entrecruzadas, apenas distantes de un cuarto de milímetro. El taller ocupa también varios aprendices, jóvenes de una docena de años, todos escogidos entre los niños del país; se les enseña a dibujar, a manejar el punzón y el martillo, y en menos de cuatro o cinco años se hacen obreros perfectos. Esto tendería a demostrar que el día en que la industria española quiera levantarse, no la faltarán ni brazos ni inteligencias.

Más allá de Eibar, se llega a Placencia, otra pequeña villa industrial conocida sobre todo por su gran manufactura en que varios cientos de obreros montan y completan por cuenta del gobierno las armas trabajadas en las cercanías. El suelo, muy accidentado y por lo tanto bastante fértil, es riente y verde gracias al cultivo; pero nuestros aldeanos se asombrarían de lo que aquí se llama tierra de trigo. Imaginad en el flanco de la peña abrupta un cuadrado irregular no mayor que la mano, cuidadosamente rodeado de un muro de piedras; los cimientos lo surcan del mismo modo del largo al ancho y previenen el desmoronamiento del terreno; para llegar a él hay que valerse valientemente de rodillas y manos, y en el momento de la cosecha el cultivador, a cada golpe de hoz, se ve obligado a buscar un punto de apoyo bajo pena de rodar al torrente inmediato. Si es preciso, el Guipuzcoano (7) sabrá crearse un campo en la peña desnuda; los niños se ocupan durante el día de recoger en cestas de junco el polvo de las carreteras o la tierra vegetal arrastrada al fondo de los barrancos; se lleva esa tierra como preciosa a las menores fragosidades de la montaña; se la riega, se la apila, se construye para sostenerla un pequeño vallado de trozos de peñasco, y esto a los dos lados del camino, como tantos huertecillos colgados en que se siembran uno por uno los granos de maíz. Tal es el aspecto del paisaje hasta Vergara, cuyo nombre recuerda el *convenio* (2) que dió fin a la guerra civil de siete años. En el ángulo formado por el curso del Deva al separarse de la ruta, en el centro de un pequeño llano sembrado de trigo y de habas, se ve un espacio

redondo inculto en que crecen en libertad hierbas y maleza; ahí, en la mañana del 31 de Agosto de 1839, Espartero y Maroto, los dos generales en jefe de los ejércitos enemigos, se echaron el uno a los brazos del otro y se abrazaron entre las aclamaciones repetidas de sus soldados. Esta memoria constituye hoy el único interés de la villa.

Durante el curso de mi viaje a través de las provincias, no des-cuidé todo aquello que pudiera ofrecerme la idea más completa y más exacta del estado religioso de las poblaciones. Tanto se ha hablado del fanatismo de los Vascos, tan alto se han declarado ellos mismos defensores de la fe, tan visible y permanente ha sido la influencia del clero en todos los acontecimientos ocurridos allí desde hace 50 años, que no sabría aclarar la cuestión. Celosos de ligar los orígenes de la raza euskariana al nacimiento mismo de la humanidad y a las tradiciones de la Biblia, los antiguos autores indígenas pretendieron que el norte de la Península fué primitivamente poblado por el patriarca Tubal, nieto de Noé, de quien sus descendientes habrían recibido su lengua, la misma que hablaban Adán y Eva en el paraíso terrenal, el conocimiento del verdadero Dios y el culto de la cruz, de la que se servían como emblema en los combates mucho antes que la llegada del Cristo (16). No hay para qué discutir semejantes ingenuidades. Por lo demás, cualquiera que fuere el origen de los Vascos y ya que el fundamento de su antigua religión parezca haber sido el culto a un ser omnipotente que llamaron *Jaun-Goicoa* (2) o «señor de lo alto» (11), hay que creer que se hallaban mezcladas con ella muchas supersticiones politeistas. Tan sólo en el siglo x fundaba San León entre los Vascos ultrapirenaicos la diócesis de Bayona, y su celo apostólico no tardó en costarle la vida; la nueva diócesis se extendió al otro lado de los montes hasta los valles del Baztán y de Guipúzcoa; de donde se puede derivar que en esa época el estado religioso de los Vascos peninsulares no difería del de los habitantes de la otra vertiente. Los Vascos, muy lejos de haber sido los primeros que conocieron o presintieron el cristianismo, salvo en la planicie de Vitoria en que la invasión de los Moros había expulsado a las familias cristianas de la orilla derecha del Ebro, rechazaron por el contrario en todas partes la nueva religión defendiendo

---

(16) Puede consultarse la REVISTA INTERNACIONAL DE LOS ESTUDIOS VASCOS, número de Diciembre 1927, artículo titulado «La Suástica». (N. del T.)

sus antiguas creencias con esa tenacidad y esa energía que forman el carácter distintivo de su raza.

En cambio, en cuanto la abrazaron, el cristianismo no tuvo adictos más convencidos ni más fervientes. Nada, en efecto, iguala el ardor de su fe, una fe ingenua, sincera, inquebrantable, que no admite ni discusión ni temperamento. Parece que en esas alturas el hombre se siente más cerca de Dios y se ve invenciblemente impulsado a elevar hacia EL (17) su pensamiento. ¿No es un canto vasco el que dice: «El que no conoce la oración, que vaya por nuestras montañas y verá cómo aprende pronto a rezar sin que nadie se lo enseñe»? (11). De ahí la influencia considerable de que disfruta el sacerdote en Navarra y en las tres provincias; además la configuración del país, la dispersión de los caseríos, exigen la presencia de un clero cuatro veces más numeroso que en cualquier comarca de España; pero este estado de cosas no prevalece sin peligro, y los antiguos legisladores parecen haberlo comprendido cuando prohibieron a los sacerdotes mezclarse en política; hasta el fuero (10) de Tolosa declara expresamente que cualquier votante que haya sido visto con un eclesiástico, será por ello excluído del voto. ¡Cuántas desgracias hubieran podido ser evitadas si se hubiesen atenido rigurosamente al espíritu cuerdo y previsor que dictó aquella ley! No quisiera hacerme eco de ninguna acusación traída a la ligera; yo mismo he encontrado en el País Vasco (17) sacerdotes instruidos, tolerantes, dignos de todos los respetos, pero (18). . . . . El Vasco es tan sinceramente creyente que lo que arruinaría la fe de otro, le presenta nueva ocasión para afirmar la suya; tomando parte en la debilidad humana a fin de conservar más pura en sí mismo la idea de la grandeza divina, jamás culpa a la religión de las faltas o errores de sus ministros y, por suprema señal de respeto hacia el hábito sagrado de que se hallan revestidos, antes de acusarles o de ridiculizarles, prefiere desviar la vista (19).

El domingo, desde la mañana, cada caserío toma aire de fiesta; la juventud, siempre impaciente, se dirige con la aurora a la primera

---

(17) Estas mayúsculas son del traductor. (N. del T.)

(18) Por respeto a la clase sacerdotal no publicamos veinte líneas que siguen en el texto. (N. del T.)

(19) Aunque muy atendible, nosotros no habíamos suprimido antes aquellas veinte líneas del texto por la razón que expresa aquí el autor, sino porque no consiste nuestra misión en prestarnos a pasiones políticas, y menos a aquellas que tanto se exacerbaban durante las contiendas civiles. (N. del T.)

misa, mientras los padres y los ancianos esperan a misa mayor, la de las diez. No obstante, bajo el esfuerzo de los muchachos de la aldea que audazmente treparon a lo alto de la torre, las campanas se estremecen súbitamente y lanzan su llamamiento sonoro a los cuatro rincones del horizonte, y ya por todos los caminos, por todos los senderos, a lo largo de los cotos tapizados de helechos y retama, a través de bosques de hayas y castaños, la buena gente, en grupos de a tres o de a cuatro, desciende a la iglesia: el jefe de familia con boina nueva, sandalias de cuero amarillo, blusa azul en que corren finos bordados sobre la parte delantera y espaldas; la madre, invariablemente vestida de color sombrío, la cabeza envuelta en manto negro que la esconde casi la frente. En el interior de la iglesia están separados los dos sexos: los hombres, sea enfrente del coro o en el mismo coro, ocupan bancos de madera, de los cuales el primero, más cómodo y mejor adornado, está reservado para el alcalde y autoridades; las mujeres se sitúan en la parte inferior de la nave sobre losas de piedra o largas vigas de madera que forman el suelo. Cada familia tiene asignada su losa, que lleva un número como distintivo y que antaño marcaba el lugar de su sepultura; así se explica la costumbre de las mujeres vascas de asistir a misa en indumentaria de duelo; al ir a la iglesia, se rinde visita a sus muertos. Nada de sillas; las feligresas se arrodillan en tierra, según el uso español, y cuando el cansancio las obliga, se acurrucan sobre los talones; ante cada una de ellas, hasta de la más pobre, está colocado un cirio, o por lo menos un pedazo grande de cera enroscada, que ella deja arder mientras dura el oficio; al lado, una cestita de junco en que sobre blanca servilleta se encuentran un pan de media libra, legumbres, huevos frescos, cáñamo, vino, frutas y, más frecuentemente, algunos *cuartos*, (2), modesta ofrenda destinada al cura. Terminada la misa, éste, seguido de su criada o del sacristán, recoge esas provisiones en un gran cesto, pronuncia cierto número de oraciones por el descanso de los muertos de cada familia, y después entra en el presbiterio con el producto de su visita. Cuando una familia acaba de perder a uno de los suyos, es costumbre que la madre o la viuda del difunto haga una novena asistiendo regularmente a la primera misa, y cada vez se renueva la ofrenda, como también las plegarias del cura.

Una cosa me había siempre asombrado penosamente al recorrer el país vasco-español, y es que en poblaciones tan piadosas, tan creyentes, permanezcan los cementerios en tal estado de negligencia

y abandono. Se encontrarían algunos, sin duda, en Ayeguy, en Abadiano, cuidadosamente conservados, plantados de arbustos y flores; pero son excepción. La mayoría se ven con horror; ningún sendero trazado, ninguna tumba indicada; ni terramonteros, ni hierba, ni una pobre cruz de madera. Tal es el cementerio de Puente la Reina, villa de más de 3.000 almas; aparte dos o tres piedras funerarias que yacen allá y acullá llevando el nombre de alguna familia noble, se diría que es un rincón de campo abandonado. El de Tiebas, sobre la ruta de Tafalla, ocupa el emplazamiento de una casa abandonada, desprovista de techo y cuyos cuatro muros le Sirven de cerco; se entierra a los muertos a medida que llegan en lo que constituyó otrora el piso de la cocina y del establo. En fin, en Peñaserrada, cráneos, tibias, todos los osamentos encontrados cuando se abren nuevas fosas, se echan mezclados junto a la puerta, y el mismo cura los separa con el pie al pasar. Cuando un día, ante un *campo-santo* (2) de villorrio, en que retozaban los puercos, me desaté en críticas un poco vivas, un médico del país hombre muy sensato, me dijo tomándome del brazo: «Entendámonos, porque nuestros aldeanos descuidan su cementerio, no es decir. que falten al respeto a sus muertos; es más bien que el lugar atribuído a las sepulturas no les parece bastante augusto, bastante sagrado. V. conoce la antigua costumbre, venida de los primeros tiempos del cristianismo y conservada religiosamente entre nosotros, de enterrar a los muertos bajo las losas, del templo. En 1825, según creo, por razones de higiene fáciles de comprender y aumentándose la población cada día, una ley especial prohibió en toda España depositar los cuerpos en otro lugar que en un cementerio particular establecido a cierta distancia de las habitaciones. Pocas medidas revolucionarias debían ser tan mal acogidas en nuestro país; ésta hería tanto a un sentimiento como a una costumbre, y V. sabe que el sentimiento no razona; varias veces después fué preciso llamar la atención severamente de las autoridades para la ejecución de la ley. Sin embargo, y aunque la tierra del camposanto está bendecida por el sacerdote, el pueblo se niega a arrodillarse en él; el templo ha permanecido siempre para el pueblo el verdadero lugar de las sepulturas, y es ahí donde acude a implorar a Dios por sus difuntos, y ahí donde las mujeres encienden un cabo de cirio a su memoria, ahí donde aportan la ofrenda que ha de asegurar a sus pobres almas algunas oraciones más. Además, se lo digo en voz baja, no está probado que hoy mismo en más de una aldea y a despecho de la ley, los difuntos no sean enterrados

en el templo. Eso se practica tanto más fácilmente cuanto que en las pequeñas localidades en que no hay sepultureros titulares, son los parientes y amigos del muerto quienes se encargan de la inhumación; de día, después del oficio, se le deposita oficialmente en el cementerio oficial; cuando ha llegado la noche, se le transporta a la nave. Me dirá V. que bajo el punto de vista administrativo hay en ello abuso, y que sería mejor para nuestros aldeanos atenerse sencillamente a la ley, que es sensata y previsora. No tengo la intención de disculpar el caso, pero solamente le haré observar que, en suma, si en los grandes centros en que la mortalidad es considerable estas inhumaciones interiores correrían peligro de tener las más funestas consecuencias, en villorrios de algunos centenares de almas, en que apenas bajan cada año cuatro o cinco cuerpos a la tumba, resultan completamente inofensivas. La verdadera moraleja que se deriva de ella es que no basta para obtener éxito decretar lo que es bueno, y que no se cambian con un trazo de pluma las viejas costumbres del país».

Al sur de Vergara se encuentran las aguas sulfurosas de Santa Agueda y de Arechavaleta, quizás las más famosas de la provincia, que cuenta con muchas excelentes. La villa de Mondragón, limpia, blanca, bien edificada, se resiente de la vecindad y del paso de los bañistas. Un poco más al este se encuentra Oñate, residencia de una antigua universidad. Fundada en 1542 por don Rodrigo Sánchez de Mercado, obispo de Avila, no era sino sencilla escuela de agricultura cuando hace poco don Carlos ideó restablecerla en su antiguo pie y devolverla sus cátedras de teología, de jurisprudencia, de derecho canónico y de filosofía. La apertura de los cursos tuvo lugar el 16 de Noviembre de 1874 bajo la presidencia de don Carlos; le agradaba interrogar por sí mismo a los alumnos -no he podido saber acerca de qué materia-, y la universidad funcionó desde entonces regularmente hasta el fin de la guerra. El edificio que ocupa, aunque pequeño, es de los más armoniosos y de los mejor comprendidos que yo conozca, y más de una ciudad de primer orden se enorgullecería con derecho de esa joya perdida en el fondo de los valles de Guipúzcoa. Sigue en todo sus caprichos esa mezcla singular del arte pagano y del arte cristiano, propia de los principios del renacimiento. Dos cuerpos principales lo componen, adornados de elegantes columnas acanaladas y formando pabellón a cada lado de la fachada. Quimeras y centauros, esculpidos en bajo relieves, decoran la base de los pilares; más alto, se alinean en nichos

estatuas de santos y, bajo ancha cimbra, sobre la entrada, la imagen del fundador reza arrodillada. Se sube a las galerías interiores del primer piso por una escalera cuya bóveda, curiosamente cincelada en el bosque de castaño, es de admirable delicadeza y conservación. A pesar de ello, ni esas magnificencias ni la misma tumba del generoso prelado, enteramente de mármol de Paraos y situada en la iglesia de Oñate, valen en mi opinión lo que el sencillo claustro, de apenas algunos metros cuadrados de amplitud, que acompaña a la iglesia y que data de la misma época. Edificado sobre un pequeño afluente del Deva, que riega la villa, está suspendido entre cielo y tierra, y esta posición singular, la vista de las aguas que se dominan desde una terraza, su ligero murmullo huyendo a lo largo de los pilares, la humedad que se desprende y cae en llanto sobre las losas, dan al lugar tranquilo y solitario no sé qué encanto, qué poesía penetrante.

Los alrededores de Oñate están cubiertos de admirables bosques de hayas y robles, que se extienden sobre gran espacio a través de una confusión intrincada de vallecitos, todos más salvajes los unos que los otros, y, como con mis mapas perdí mi camino, recuerdo haber errado a la aventura durante más de diez horas. Por fin llegué a Ormaiztegui; visto a cierta distancia desde lo alto de las vertientes frondosas de que está rodeado, y encima de él el gigantesco viaducto que en diez zancadas franquea el valle de Areria, la aldea presenta aspecto encantador; pero la realidad no vale tanto como la apariencia, pues no es sino un lugarejo sucio, triste, mal trazado, y por desgracia los habitantes son como el lugarejo (4). No obstante, Ormaiztegui es la patria de don Tomás Zumalacarrégui, el héroe de la primera guerra civil; aún se enseña el sitio en que nació, cerca de la iglesia, en una humilde choza (20) precedida de un jardinillo y ocupada por pobres cultivadores, como lo eran sus padres (21); la habitación principal, aplastada por el tejado y perforada de angosta ventana invadida por plantas trepadoras, contiene como únicos muebles, además de la cama, dos de esos grandes baúles de

---

(20) En honor a la verdad asentemos que no fué en humilde choza donde nació el héroe, como le llama el autor, sino en hermosa casa solar o caserío. Recientemente ha publicado D. Gregorio de Mujica en el álbum «Vida Vasca» de Bilbao una fotografía de la casa nativa de Zumalacarrégui. (N. del T.)

(21) ¡No tanto!.... Olvida ahora el autor la descendencia distinguida que dejaron aquellos pobres cultivadores: un general en jefe, un personaje de toga, un escribano, dos sacerdotes.... (N. del T.)

espalda redondeada que sirven a los montañeses para guardar su ropa blanca. Herido de una bala en el muslo, delante de Bilbao, el general vino a morir no lejos de aquí, en Cegama, donde reposan sus restos. Algunos días después, don Carlos le nombraba capitán general de los ejércitos reales, conde de Zumalacarreui, duque de la Victoria, grande de España de primera clase; sus títulos y pensiones eran, según los términos del decreto, reversibles a la viuda y a sus tres hijos, vanos honores que el fracaso final de las armas del pretendiente debía hacer aún más vanos. Uno de sus hermanos, de 85 años de edad, vive aún, según me dicen, pobre sacerdote que sirve en una de las barriadas de los alrededores.

No está lejos la estación de Zumarraga, donde tomo el tren que me conduce a Tolosa, Esta villa fué residencia de célebres asambleas y testigo de grandes batallas, y parece que no haya podido contrarrestar su actual decaimiento (22); tiene no sé qué aspecto desabrido que forma el más chocante contraste con el brillo y frescura de la campiña circundante; sus calles son rectas y bien empedradas, pero carecen de animación, sin comercio; hay sin embargo en los alrededores algunas hermosas fábricas de paños y de papel pintado; las casas, con amplios escudos, tienen ese signo de solidez maciza y de tristeza sombría que marca a las viejas construcciones españolas; apenas entré en la basílica de Santa María, el frío de la piedra me atravesó las espaldas obligándome a temblar. Carlos VII, como antes su abuelo, eligió Tolosa como una de sus capitales; estableció allí una escuela de cadetes de infantería, y el *Cuartel real* (2), periódico oficial de la monarquía, se publicaba aquí; con eso queda dicho cuáles son en política los sentimientos de la población tolosana. En cambio, cinco leguas más lejos, el poético y valiente pueblecito de Hernani, centinela avanzado de San Sebastián, se dejaba ametrallar durante meses enteros antes que abrir sus puertas a los carlistas; se le percibe al paso del tren, altivamente acampado en su colina, con su campanario almenado como un castillo y su Casa Consistorial destrozada, sus casas estrelladas de balas, y tantas heridas aún abiertas atestiguan elocuentemente la energía de sus defensores y su invicto liberalismo.

---

(22) Acerca de este particular puede consultarse la revista *Euskal-erriaren Alde*, número de Febrero 1930. (N. del T.)

## III

Como Vizcaya, Guipúzcoa posee una línea de costas muy retortadas y cierto número de puertos que por la pesca y el comercio adquirieron otrora considerable importancia; exportaban en cantidad hierro, cobre, estaño, cueros, tejidos de lana y lino; también salaban muchos pescados; pero la caza de la ballena constituía su mejor ingreso, caza entonces tan fructuosa y fácil que solamente el producto de las lenguas, reservado de derecho para las fábricas de las iglesias y cofradías de marineros, los proveía cada año recursos suficientes. Carpinteros de Génova y Pisa, los más hábiles constructores de la época, atraídos con gran gasto a España, habían enseñado a los habitantes de este litoral a hacer navíos excelentes; Zarauz, Orío, Pasajes, tuvieron astilleros de primer orden, y su reputación se ha perpetuado hasta nuestros días. En cuanto a la participación que tuvieron los Guipuzcoanos (7) en todas las luchas, en todos los viajes de exploraciones y de conquistas con que se ilustró durante tres siglos la marina española, ¡cuántos nombres hay que citar!: Juan de Echaide, que descubrió Terranova (23); Sebastián del Cano, quien primero rodeó el mundo; Miguel López de Legazpi, que sometió las Filipinas y fundó en ellas la primera ciudad española en la isla de Zebu; Diego de Ibarra, que conquistó la Nueva Vizcaya; Antonio Oquendo, el *héroe cántabro* (3), y, más cercanos a nosotros, Blas de Lezo, el defensor de Cartagena de Indias contra los Ingleses! En 1728, los negociantes de la provincia habían constituido bajo el nombre de Compañía de Caracas una sociedad comercial con sede principal en San Sebastián y que durante mucho tiempo hizo sombra a los Ingleses. Esta compañía, como devolución a las ventajas que se la dieron, rindió inmensos servicios al gobierno; fué bastante poderosa para proteger las colonias españolas en América y contribuyó ampliamente con sus fondos a las fortificaciones de la Habana. Pero la gloria más reciente, una de las más puras que haya tenido

---

(23) Es inadmisibile la opinión que atribuye esta gloria al navegante Juan de Echaide (famoso ya por haber legado su nombre a un puerto); puesto que nació hacia 1577, y se conocen documentos según los cuales nuestros pescadores visitaban aquellos parajes a principios de la misma centuria, como los Bretones y los Normandos, que lo hacían desde 1504. Puede consultarse la revista *Euskalerrriaren Alde*, número de Julio 1921. (N. del T.)

el país, es la de Churruca, nativo de Motrico, oficial tan instruído como valiente. Mandaba en Trafalgar como brigadier de la marina real el *San Juan Nepomuceno* (3), barco de 74 cañones. Rodeado de cinco embarcaciones inglesas, después de cuatro horas de admirable resistencia, una bala de cañón le llevó el muslo derecho. Al caer ordeno que se clavara su pabellón, sostuvo durante tres horas más el ánimo de sus hombres y murió sin haber visto la rendición de su barco. Las cortes de Cádiz decretaron que hubiera siempre en lo futuro un navío que llevara su nombre en la flota española.

Me había acercado poco a poco a la costa; dejando el camino de Hernani y de San Sebastián, descendí por la izquierda el curso del Oria hasta el mar. En la embocadura del río está el antiguo burgo del mismo nombre, Orio, cuya vida se retira gradualmente, y un poco más lejos Zarauz. Antes de la construcción de un pequeño muelle, este último pueblo no tenía otro puerto que su playa, más de una milla de larga, pero sometida al inconveniente del flujo y del reflujó, y los pescadores se veían forzados cada día a poner sus chalupas en seco sobre la orilla. Hoy Zarauz es conocido sobre todo como estación balnearia; la reina Isabel hizo de él una de sus principales residencias, y en el mes de septiembre de 1868 se hallaba allí con sus hijos cuando estalló en Cádiz la revolución que debía costarle el trono. En la calle mayor, entre otras casas antiguas hay una de inusitadas dimensiones, medio fortaleza, medio palacio, de ventanas ornadas de tréboles y reforzadas de listelos, puertas angostas, escalera cubierta, reconociéndose fácilmente el doble camino de ronda exterior; realiza el modelo más perfecto de fuerza pulida y de fiera elegancia (24). En la proximidad de la iglesia, otra torre feudal (4) ha sido transformada en campanario.

Antaño un lindo camino completamente nuevo conducía de Zarauz a Guetaria (25). Estrecho y sinuoso, seguía a media falda la línea de los abruptos barrancos que en ese sitio dominan al Océano, ya mordiendo la roca para abrirse paso libre, ya pesando sobre terraplenes y como suspendida sobre las olas. Tres años de guerra, la falta de cuidado en su conservación, la cólera de los elementos reunidos, lo pusieron pronto en ruinas; a cada lluvia de tempestad, las aguas torrenciales cayendo de la montaña desmoronan la calzada; a su vez, la ola mina los muros de contención, despega las

---

(24) Esta casa se halla aún en pie y se denomina *Torre-luzea*. (N. del T.)

(25) Se conoce con el nombre de «cornisa vasca». (N. del T.)

piedras y las reduce a guijarros. Sea como fuere, por curiosidad, confiando también en la costumbre que adquirí en expediciones de este estilo, continué a lo largo de la costa en lugar de tomar por el interior de las tierras. En ciertos sitios había desaparecido toda traza del camino; quedaba sólo la roca con sus paredes a pico, convertidas en más resbaladizas por la humedad; apenas encontré de tarde en tarde una mata de hierba a que asirme con la mano, algún pequeño hueco, algún saliente de muro vertical en que posar el pie con precaución, y en lo bajo, presto a recibirme al menor paso en falso, un lecho de bloques derrumbados erizaba sus vivas aristas por cima de la ola. Llegó un momento en que no pude ya ni avanzar ni retroceder; tomé la resolución de sentarme; tan sólo entonces percibí el maravilloso espectáculo que vine a buscar y sobre el cual, en mi preocupación, no había aún lanzado mis miradas. El mar estaba en calma, el aire un poco pesado; el sol no había aparecido en toda la tarde, pero aún era pleno día; las largas ondas, expulsándose unas a otras por un movimiento continuo, venían a quebrarse contra la primera barrera del barranco: al principio se indignaban ante tal obstáculo inesperado, alzándose por los flancos de las rocas, alargándose silbando como múltiples lenguas de un monstruo de fábula; después, vencidas, volvían a caer en impalpable polvo de espuma. El horizonte se extendía a pérdida de vista; era preciso mirar con atención para comprender dónde terminaba el mar, dónde comenzaba el cielo, tan dudoso era el límite, tan incierto era hasta el tinte que lucían el uno y el otro, la misma palpitación tormentosa y el mismo infinito. Pasaba en la lejanía un trasatlántico, pero tan poco distinguible, que su largo casco pintado y el penacho de humo que arrastraba tras sí formaban apenas un punto negro en la bruma. No sé cuanto tiempo permanecí así abismado en muda contemplación. Una ola más fuerte que las demás, y que me cubrió de niebla, me llamó al sentimiento de la realidad; subía la marea y debía yo a toda costa llegar a Guetaria antes de la noche; me levanté precipitadamente disponiéndome a reanudar los milagros de equilibrio que hasta allí me habían conducido sano y salvo.

Por fortuna, toda esta última parte de la ruta se hallaba casi intacta, y no tardé en distinguir frente a mí la masa sombría de los muros de la villa. Guetaria ocupa el medio de una pequeña lengua de tierra terminada por un pico agudo coronado de una fortaleza. En virtud de su posición excepcional, quedó durante la última guerra en poder de los liberales, pero los carlistas guardaban los alrededores,

y sufrió cruelmente. Además, toda su historia es larga sucesión de calamidades; Ya en 1597 un incendio la destruyó casi enteramente; cuarenta años más tarde, una escuadra española se incendiaba en el puerto; en fin, en 1836, cuando apenas se reponía de las consecuencias de la guerra de la independencia, sitiada y tomada por los carlistas, tuvo que sufrir tanto de su artillería, que de 119 casas que encerraba en sus murallas, solamente 16 permanecieron en pie. Tantas desdichas no han pasado sin dejar trazas; las nuevas ruinas añadiéndose a los escombros del pasado obstruyen el suelo con enormes trozos de piedras y yesones; altas casas sin tejados, con puertas hundidas y ventanas viudas de persianas, se abren lúgubrementemente como cabezas de muertos; no lejos del puerto, la única iglesia de San Salvador amenaza derrumbarse al primer soplo de viento. De miedo al accidente, ha sido preciso tapiar ventanas y rosetones; las piedras se desgastan roídas por las llamas de los incendios, y grandes grietas surcan los pilares. No obstante, a falta de un estilo muy puro, esta iglesia fué antaño notable por su elegancia y sencillez; en la audacia incomparable de las ojivas, en la disposición de las tribunas interiores haciendo recorrer alrededor del edificio una fina balaustrada recortada en calados y sobrepuesta de esbeltas columnatas, en la forma irregular del coro, se reconoce uno de los ejemplares más curiosos del estilo gótico brillante. Al salir, cerca de la puerta, llama la atención una piedra tumbal con algunos caracteres y figuras medio borradas, y leo estas palabras: *Esta es la sepultura del insigne capitán Juan Sebastián de El Cano.....* (2).

¡El Cano! (10). Ante este nombre el espíritu evoca mil relatos de lejanas expediciones y viajes aventureros (26) . . . . .

. . . . . A su memoria se colocó en la iglesia de Guetaria una piedra funeraria; en 1800 se le alzó una estatua de mármol cerca del lugar que ocupó antiguamente la casa en que naciera. Esa estatua fué destrozada por los cañonazos carlistas durante la primera guerra civil; la reemplazó otra de bronce, que se ve en el puerto. El gran navegante viste el traje elegante del siglo XVI: calzones ahuecados, jubón Con aberturas en las mangas y toca de plumas; un brazo tendido hacia alta mar, parece indicar a sus compañeros la ruta por donde les guiará su genio; a la izquierda hay un ancla, y al otro lado, sobre un zócalo en que se apoya, su

---

(26) Sigue la biografía del héroe, ocupando una página. (N. del T.)

escudo y su noble divisa; pero, ¡ay!, el mismo, puerto, del que antiguamente salían flotillas enteras para la gran pesca, el puerto languidece en el más lúgubre abandono, algunos restos de embarcaciones se pudren junto al muelle medio derrumbado, y la ciudadela que se percibe más allá no vigila ya sino sobre un desierto.

Mientras me abandonaba a estas tristezas, el crepúsculo había descendido poco a poco; era la hora de inquietarse por un albergue y por una cena. Llamé primero a una gran casa que me designaron como la *posada* (2), luego a otra y después a otra; en todas partes la misma respuesta: «Nada, no tenemos nada, diríjase a otra parte». Por más que declaré que me contentaría con poco, esos desgraciados, como atontados, parecían no oirme. En último lugar, entré al azar en una sala baja; una vieja, vestida de negro, sola y sin luz, estaba acurrucada sobre su silla; levantó bruscamente la cabeza y, cuando hice mi ruego, me dijo con tono bravucón y hallando con dificultad las palabras españolas: «¿Por qué venir aquí?; aquí no hay nada que comer; la guerra, las contribuciones, los soldados alojados, nos han quitado todo y estamos arruinados.....». «Pero, ¿dónde quiere V. que yo vaya, buena mujer?, —exclamé—, tengo hambre y estoy cansado». «¿Dónde?, no lo sé ..... a Zumaya. Allí, a Zumaya, van forasteros..... ¿La distancia?..... Lo más tres cuartos de hora por la montaña. Verá V..... vaya, vayas. Dicho esto, volvió a tomar su actitud meditativa y se encerró en silencio absoluto. ¿Qué hacer en este caso? Aunque la hora fuera ya avanzada, tal vez fuera bueno el consejo y encontrara yo en Zumaya una acogida hospitalaria. El camino, si puede darse ese nombre al horrible sendero erizado de peñas y cortado de hendiduras que escala sobre las rugosidades de la cresta, me era totalmente desconocido; faltaba la luna en el cielo, y el centelleo de estrellas muy numerosas no bastaba a disipar la oscuridad. A pesar de todo, avancé rápidamente gracias a la perspicacia instintiva que da el hábito de las montañas; los tres cuartos de hora fijados por la vieja habían ya pasado desde hacía tiempo, y no percibía traza de habitación; el mar, que sentía yo vecino, pero que no podía ver, batía el arenal con ruido sordo y cadencioso que subía como la respiración lenta de la noche. Al fin un grupo de luces se me aparecía a lo lejos; era Zumaya, y poco después el sendero terminaba con la montaña para encontrarme sobre amplia playa arenosa y dirigirme sin desconfianza en dirección de las luces, cuando oí que dos hombres se me acercaban: «—Hombre, ¿a dónde diablo vais por aquí?»—, me dijo uno de ellos a quien no tuve difi-

cultad en reconocer como a un *carabinero* (2), así como a su acompañante. «—Tiene V. ganas de tirarse al agua?». Le conté mi historia, cómo fui recibido en Guetaria y el consejo que me dió la vieja. «—¡*Carlisona!* (2), ¡carlista rabiosa!, —insistió el bravo hombre—, a poco os juega una mala pasada. ¿Cómo no ha dicho que antes del pueblo encontraríais la muy ancha desembocadura del Urola, que no hay puente ni vado a más de tres leguas de distancia y que a esta hora el que hace pasar está acostado y no hace ya el servicio? En fin, tanto han sufrido allí, sabe V....., que no hay que quererles mal; pero sin duda V. tiene hambre y ni tenemos víveres ni conozco en los alrededores sino una pobre cabaña de campesinos en donde se arriesgaría a no encontrar tampoco nada. Pero intentemos; aún no ha llegado el momento en que los contrabandistas puedan ensayar un golpe de mano, y vamos a conducirle». Al cabo de veinte minutos de marcha bastante difícil, que cada vez nos alejaba más de la costa, llamamos a una puerta. Una alta y hermosa joven de diez y ocho años acudió a abrir. La habitación se componía de una inmensa estancia cuadrada; a la derecha y a media distancia del techo pendía un amplio cobertizo de madera, a donde se trepaba por una escalera de peldaños lisos; es ahí donde evidentemente se acostaba la familia; yacían debajo forrajes e instrumentos de agricultura. A la izquierda, separados apenas por una valla a la altura de un hombre, estaban encerrados todos los animales de la granja, vacas, mulas, corderos que se agitaban tras el cierre, y esta vecindad, el aliento cálido de tantos animales reunidos, convertía la atmósfera del recinto en casi insoportable. El intervalo entre el cobertizo y la cuadra servía a la vez de cocina y de lugar de reunión. A aquella hora, la familia estaba sentada alrededor de la mesa, el padre, la madre y los siete hijos, desde la hija mayor que se había levantado para abrirnos, hasta el último llegado, pequeño muchachote mofletudo de casi tres años. Su cena consistía en sopa de leche en que el pan de maíz nadaba en anchas rabanadas. Por lo demás, todos parecían disfrutar de excelente salud y de mejor apetito. Se me ofrecía hospitalidad; bebí tan sólo un vaso de agua y tomé un pedazo de pan; después, de regreso a la orilla, extendido sobre la arena y cuidadosamente envuelto en el gran capote de ordenanza (de que, a pesar de mis protestas, se había desprovisto a mi favor uno de los carabineros) mientras los dos bravos mozos se paseaban de un lado al otro deteniéndose a veces para escudriñar el horizonte, me dormí a la dulce claridad de las estrellas, en medio del

gran murmullo del mar cuyas olas moribundas llegaban casi hasta mis pies.

Al día siguiente, a las cinco, el que hacía pasar la ría me condujo en su barca para instalarme sobre el muelle de Zumaya, en la otra orilla del río. La villa, bastante limpita, no carece en verano de cierta animación, gracias a la proximidad del establecimiento termal de Cestona y a las visitas de los bañistas que durante la curación se dirigen allí en excursión de placer. También figuran ahí en mayoría las casas señoriales. No se comprendería hoy que gentes con el bienestar y posición que ello supone se hicieran construir un palacio en semejantes agujeros; pero en aquella época la separación existía mucho más zanjada entre los habitantes de dos provincias o de dos ciudades; las familias, hasta las más ricas, no emigraban fácilmente y cada una de ellas se perpetuaba en los mismos lugares de su origen. Más allá de Zumaya, siguiendo siempre la costa, se encuentra Deva, un poco más considerable; pero el puerto, formado por la embocadura de la ría se enarena cada día más ante la desesperación de los habitantes, que vivían sobre todo de la pesca. Sobre este litoral todo hombre es marino al nacer, el niño nada casi antes de saber andar y, más que la misma tierra, el agua parece ser su verdadero elemento. Tengo aún presente ante mis ojos una pequeña escena marítima de que la casualidad me hizo testigo en Deva. Los muchachos salían de la escuela; habían colocado separadamente sus libros y sus ropas, y todos, de pie sobre el muelle, desnudos como Dios los hizo, la piel bronceada por un sol cuyos últimos rayos venían a morder sus riñones y sus muslos, gritaban, se interpelaban uno al otro, como los héroes de Homero antes del combate; un pintor griego hubiera hallado allí el asunto más gracioso de pintura decorativa. A la señal convenida, se zambullían todos a una y desaparecían bajo el agua; el que salía más lejos era proclamado vencedor. A la izquierda del estuario se adelanta una peña cuya masa enorme, deshojándose en anchas placas, presenta a la vista tina superficie desnuda como una mesa de mármol: es ella la que tan desgraciadamente detiene la arena a la entrada del puerto; en 1857 los ingenieros del gobierno intentaron hacerla volar, pero sin gran éxito. En cuanto a Motrico, que confina con Vizcaya, aunque no tenga que temer la misma causa de ruina, su puerto ha sufrido mucho con la guerra; sobre todo los muelles están en estado lamentable. Además, la villa está muy curiosamente agrupada sobre la pendiente de una colina que mira al mar, y la belleza de sus pa-

seos, la extensión de su recinto, el número y magnificencia de sus casas nuevas, la originalidad de sus viejas torres, aclaradas con aberturas en que se halla influencia árabe, atestiguan un pasado que no fué sin gloria y una prosperidad que no ha desaparecido todavía.

Por casualidad un pequeño navío de cabotaje de paso por Motrico salía al alba para San Sebastián; fuí a buscar al patrón, que muy gustoso me tomó a bordo. De ese modo, la molestia del regreso por el mismo camino se sustituía por lo imprevisto de un delicioso paseo por mar. La embarcación, con todas sus velas al viento, se deslizaba con rapidez cortando derecha la ola que apenas agitaba un balanceo regular; aquí y allá alguna, más impaciente que las demás, alzaba su cresta espumosa, espejeaba un momento al sol con reflejos cambiantes, mezclados de plata, de azur y de oro, y repentinamente se desvanecía, Permaneciendo siempre a la vista de la costa y en esa media bruma, producida a la vez por el alejamiento y por la evaporación del mar, hallaba placer, reconociendo los lugares que había yo cruzado: Zumaya la hospitalaria, como un murciélagos aferrado a la roca; Zarauz, la protegida de los reyes, muellemente acostada sobre su playa. Por la tarde echábamos el ancla en el puerto de San Sebastián, situado al pie del monte Urgull, donde se alza la ciudadela. No es preciso describir ahora San Sebastián. Tanto o más que una ciudad española, lo es francesa, o, mejor dicho, cosmopolita. Sus calles empedradas, amplias y rectas, sus altas casas de piedra, la mayoría ocupadas por hoteles o cafés, sus brillantes tiendas, sus insignias en múltiples idiomas, sus paseos, que ocupan los sitios de las antiguas murallas (27) recientemente derrumbadas (28), su playa, una de las espaciosas del mundo, cubierta de casetas que forman como una nueva ciudad, su regularidad, su blancura, la dan aire coqueto, elegante y mundano, pero un poco frívolo y ya visto en todas las grandes estaciones balnearias. Asimismo, la frontera está próxima y el ferrocarril de Bayona a Madrid la pone en relaciones constantes con nuestros departamentos del mediodía de Francia y, por ellos, con el resto de Europa; los mismos nombres no precisan conservar la forma nacional para ser comprendidos, y se pronuncia indistintamente San Sebastián o

---

(27) Se refiere al paseo del Boulevard. (N. del T.)

(28) Cuando, escribió este texto Louis-Lande, hacía unos diez años que se habían tumbado las murallas de San Sebastián. (N. del T.)

Saint-Sebastien, Fontarabie o Fuenterrabía (29). Cuando llegué, toda la villa estaba en emoción con motivo de las fiestas de la Asunción, y los extranjeros, Franceses u otros, llegados en gran número para asistir a las corridas de toros, llenaban calles y plazas con muchedumbre tan tumultuosa como abigarrada.

La *Concha* (2) de San Sebastián, aunque cubierta a la entrada por la isla de Santa Clara, ofrece por sí misma fondeadero bastante poco seguro, y el puerto propiamente dicho no ocupa con sus muelles sino una mínima parte; por el contrario, a cinco cuartos de legua al este y en la embocadura del Oyarzun, se abre la bahía de Pasajes, la más espaciosa y segura de todo el litoral cantábrico. La entrada, encerrada entre enormes peñones, forma estrecha garganta que la aisla del Océano tanto como la acerca, haciéndola semejante a un lago. Napoleón, asombrado ante situación tan providencial, había resuelto crear allí un puerto militar de primer orden, en que las flotas de todos sus estados hubiesen podido hallar abrigo. La importancia de Pasajes era grande en el siglo pasado, y más aún en tiempo de la casa de Austria; de sus astilleros salían entonces, navíos de bles de tierras producidos, sea por el Oyarzun, sea por la acción 800 toneladas. Desgraciadamente, los desprendimientos considerables de las lluvias que lavan y roen hasta la roca las montañas vecinas, le han hecho perder la mayor parte de sus ventajas. En varias ocasiones la villa y la provincia intentaron remediar el mal, pero siempre la falta de dinero o los acontecimientos políticos han prevalecido sobre esas buenas intenciones. Hasta una sociedad fundada recientemente, que se proponía obtener en una media docena de años la entera limpieza del puerto, ha sido obstaculizada por la guerra. A los dos lados del canal se hallan las villas gemelas de Pasajes, San Pedro a la izquierda y San Juan a la derecha. Una y otra se componen, en su mayor extensión, de una fila única de casas, cuya parte posterior da al puerto y la fachada a una calle interior tallada a pico en la peña; en más de un sitio las casas, pasando por encima de la vía se aferran a la montaña y no dejan bajo ellas sino una calle cubierta; muchos emplazamientos están abandonados. Se pasa de la orilla izquierda a San Juan sobre pequeños botes maniobrados por mujeres. La reputación de las bateleras de Pasajes data ya de lejos. Felipe IV admiró su destreza en 1660 cuando condujo a la

---

(29) Otra cosa dijera el viajero si hubiera tenido presente los de *Donosti* y *Ondarribia*. (N. del T.)

infanta María Teresa a Irún para casarse con Luis XIV, y, de regreso a Madrid, hizo ir cierto número que se vieron pasear a las navecillas reales en el estanque del Buen Retiro (10).

Una última etapa me conduce a Irún. ¡Singular historia la de esta pequeña villa cuyos principios fueron tan penosos! Dependía de la jurisdicción de Fuenterrabía y, como se temía que al extenderse atrajera hacia sí a la población de la plaza, se ingenieron por todos los medios para obstaculizar su desarrollo. En 1499 una orden del consejo real prohibió que se alzaran en Irún más casas que las que existían por el momento; las mercancías y provisiones que los habitantes precisaban no podían ser compradas más que en Fuenterrabía. Ahora se han invertido los papeles. Gracias al acrecentamiento de vida y comercio que los ferrocarriles suscitan en todos sus recorridos, y aunque la estación se halla establecida a cierta distancia del pueblo, Irún no puede dejar de crecer y prosperar. Ya sus calles se ensanchan, sus casas se aclaran; hombres y cosas, todo se anima, y el orden, la limpieza, el trabajo, la serán una amplia compensación a la originalidad y al color local que se va. Fuenterrabía, por el contrario, guardando su carácter, ve cada día precipitarse su decadencia. Aislada sobre una punta de tierra en la extremidad de la Península, no conduciendo a ninguna parte, no sirviendo ya para nada, sombría, triste, olvidada, con sus murallas derrumbándose en su recinto, sus palacios agrietados, su viejo castillo negro de pólvora, ella que era otrora el baluarte de España, que sufrió tantos asedios, que resistió a tantos asaltos, ella asiste de lejos, huraña, al espectáculo de la civilización moderna y a los progresos de su antigua rival. En verdad, sí puede vanagloriarse de haber destronado a Fuenterrabía, Irún no deja de conocer ya los inconvenientes de la grandeza; ahora es ella la atacada y la sitiada. Durante seis días, del 4 al 10 noviembre de 1874, los carlistas, que ocupaban las alturas vecinas, mantuvieron con ella un terrible fuego de artillería, y fué preciso toda la prontitud y toda la decisión del bravo general Loma, llegando a toda prisa con un cuerpo expedicionario, para preservarla de completa destrucción. No obstante, los arrabales del pueblo no existían ya, masas enteras de casas se habían desmoronado bajo las bombas; en la campiña, las granjas y quintas se convirtieron en presa de las llamas encendidas en el ataque o la

---

(30) Sobre este particular véase la revista *Euskalerriaren Alde*. número de Agosto 1929. (N. del T.)

defensa por uno u otro de los bandos. ¿Cuánto tiempo esperarán esas ruinas para ser reparadas? No sé decirlo; pero cuando, al tomar el tren que debía llevarme hacia Hendaya y Francia, quise saludar por la ventanilla con un último adiós a la tierra de España, mi vista reconoció, ¡ay!, esos vestigios de la guerra civil que encontré en todas partes y que tanto entristecieron mi viaje.

«**Martin de ANGUIOZAR**» traduxit